CARLOS BARRAL EN MADRID

José Esteban

Quizá la amistad de Carlos Barral y Juan García Hortelano duraba ya varios años, cuando yo les vi por primera vez juntos en una luminosa primavera madrileña. El editor estaba en Madrid y quería entrevistar a futuros escritores. El novelista me lo dijo y en su propia casa propiciamos una reunión. Acudimos, creo recordar, unos jovencitos que temblorosos expusimos tímidamente nuestros proyectos, algunos en ciernes, como los míos, y otros casi terminados, como las historias de Antonio Martínez Menchén, que aparecieron poco tiempo después en la mítica Biblioteca Breve. Creo recordar

Gil de Biedma, Goytisolo, Barral, y Castellet en Barcelona, 1959 (foto de Oriol Maspons)

que por allí también anduvo Guelbenzu. Barral fue preguntando pacientemente a uno tras otro, cuáles eran nuestros proyectos, que eran muchos y cuáles nuestros activos literarios, que eran pocos.

Pero mis primeros recuerdos de Carlos Barral en Madrid se remontan a la tertulia del café Pelayo, donde de vez en cuando recalaba de su Barcelona natal, solo o acompañado de Castellet o José Agustín Goytisolo. Empeñado entonces en la publicación de los novelistas sociales, iba al café a saludarles. Desde el primer momento me sorprendieron sus elegantes maneras, que contrastaban con las más populacheras de Ferres o de Armando López Salinas. Eran en realidad encuentros breves, prolongados a veces en Oliver o en Bocaccio.

Más adelante, casi siempre con Hortelano, lo fui entreviendo más que viendo, en su residencia madrileña del Hotel Suecia, donde celebraba sus entrevistas y presentaciones, como la de *Dos días de septiembre,* de Caballero Bonald.

Más adelante, en los azarosos tiempos de la creación de *Barral editores,* Carlos visitó Madrid para entrevistarse e invitar a comer a los libreros madrileños y contarnos sus nuevas aventuras literarias. Su discurso, brillante como siempre y de alto calado intelectual, dejó a los libreros con la boca abierta, sin entender nada, como cuando empleaba la palabra interdisciplinar, desconocida por esta meseta.

Yo entonces admiraba en Carlos su seguridad, su saber estar, su distinguido porte, de señorito de toda la vida, su facilidad de improvisación y su claridad para enfocar todo tipo de problemas. También me deslumbraba su fama de gran editor, el mejor editor español de todos los tiempos, como se le estimaba.

Por Barral conocí a Juancho Armas Marcelo. *Inventarios Provisionales,* una editorial de Las Palmas, publicó en 1973 sus, creo, hasta entonces, obras poéticas completas, con el título de *Usuras y figuraciones,* que se presentó en Madrid. Yo acudí a la llamada de Carlos, que ya por entonces, y jugando con mis dos apellidos, me llamaba "Estebanillo González". Allí, como editor, estaba el futuro novelistas canario.

Vinieron después los no menos azarosos tiempos de preparar el primer Congreso de Escritores de Lengua Española, en el que Carlos ocupó el puesto de Secretario General, y, como es lógico, llegaron las copas, las barras, las conversaciones, las risas, la amistad en una palabra.

Acostumbrados a su despectivo tratamiento de lo carpetovetónico, podría parecer que en Madrid no se encontrara en su sitio. Pero nada más lejos de la verdad. Yo creo que en la capital de la meseta se sentía feliz, envuelto en su capa madrileña. . Y sobre todo con su innegable porte de intelectual y, cómo no, de gran poeta.

Vendría después su etapa política, de senador y sus muchos viajes a Madrid. Ya acompañado de su bastón, Carlos era de los pocos, por no decir el único, que mantenía el tipo físico y moral, de como uno se imagina lo que debe ser un padre de la patria. En el viejo palacio del Senado se movía con esa elegancia y ese saber estar que les es concedido a muy pocos. Recuerdo un día que me invitó a comer, en compañía de Alfredo Bryce Echenique, y nos enseñó cuánta riqueza y cuán bellas cosas encierra esa casa. En un momento determinado, Bryce me dijo:

- ¡Es magnífico! Parece el noble que nos está mostrando su viejo castillo.

Y así era, en efecto.

Para entonces nosotros ya le llamábamos el "Vizconde de Calafell", lo que le hacía gracia y le gustaba. Había mucho en él de aquella vieja y ya extinguida nobleza: su aire, su cierta altanería, su prestancia ante la adversidad. En estos y en otros muchos aspectos era irrepetible.

Eran los años de nuestros viajes a México, que Carlos recordó siempre con placer y aquellas noches de alcohol y amistad verdaderamente irrepetibles. Era cuando, según Juancho y Ángel González, yo empezaba a hablar vasco y naturalmente nadie me entendía, y cuando Carlos, a la mañana siguiente, comentaba con toda naturalidad: - Yo no entendía nada, ¡pero lo pasaba tan bien!

Había en Carlos Barral –y también en algunos otros miembros de su generación- algo destructivo, un anhelo de autodestrucción. Durante su, lamentablemente, corta vida cultivó como norma cierta arbitrariedad, cultivó el capricho estético, el gusto por hacer lo que le apeteciera y escuchar poco los consejos de los demás. Una cierta resistencia a someterse a las pesadas, pero necesarias exigencias de la naturaleza, del propio cuerpo. Su lucha contra el alcohol, que terminó perdiendo; su lucha también con unas circunstancias vitales, que a él, que siempre pareció el elegido de los dioses, se le fueron volviendo asfixiantes.

A pesar de todo, verlo en Madrid, siempre en compañía de Hortelano, era una fiesta. Dotados ambos de una personalidad muy definida, se complacían en ese lujo de la amistad que permite la aceptación de algunas ideas y maneras del otro. La ironía, de la que los dos nunca anduvieron escasos, brillaba, estando juntos, a gran altura. Se trataba en realidad de asistir a un espectáculo, protagonizado por ellos mismos, ejerciendo el privilegio de su inteligencia y de su generosidad.

A Carlos le gustaba discutir de la madrileñidad y los madrileñismos, y le gustaba el Prado y no digamos *El paso de la Laguna Estigia* y aquel azul de Patinir que le obsesionaba.

Lo cierto es que "en el Madrid zarrapastroso de los primeros 60, caía como agua bendita de mayo cada visita de Carlos", escribió una vez Natacha

Seseña. Y era gran verdad. Tenía la facultad de congregar a varios amigos que en Madrid casi no nos veíamos y, juntos, peregrinábamos buscando, por el barrio de Argüelles un restaurante italiano llamado la Espineta, como el bar de la familia Barral en Calafell, o recalando en el Café Gijón, donde Carlos y la fama de que venía precedido hacían estragos de todo tipo.

No era menos fiesta si venía con Jaime Gil de Biedma, que acuñó una frase: "El aire de Madrid en la madrugada, lo cura todo". Frase que solía repetir después de vino y conversación hasta el amanecer, y con la que todos, por unanimidad, estábamos de acuerdo.

Con la desaparición de Carlos Barral tuvimos que decir adiós a muchas cosas, nos vimos obligados a decir adiós a todo un vasto y personal mundo editorial, que se desvanecía, a todo un modo elegante de entender la cultura como privilegio y a unas maneras elegantes y distinguidas de vivir la amistad. Pues Carlos entre otros muchas cosas, supo ser siempre, lo que no es fácil, un amigo.

Pero hoy quiero recordarlo, navegando elegantemente por Madrid y fiel a su mediterraneidad, impregnando el ambiente de europeismo, de cultura y de cierta finura, que mucha falta hacían en aquel Madrid, al que encontraba y le gustaba llamar zarrapastroso.

HOMENAJE A CARLOS BARRAL
1928-1989
José Manuel Caballero Bonald • Alberto Oliart
Luis García Montero • Carme Riera
Anna Caballé • Lluís Izquierdo • Rosa Regás
J.J. Armas Marcelo • José Esteban